



PAREDES DE MELO: ¿HASTA CUANDO?

En el mes de abril de 1975 visitó algunas tierras de Cuenca Alberto Ballarín Marcial, que por entonces era director general del IRYDA. Algo vió, en las inmediaciones de Paredes; algo que los conquenses estábamos viendo desde quince años atrás: el abandono total de unos hombres, unas familias, que desde su original Guadalajara habían sido trasladados a Cuenca, con la promesa de que podrían reconstruir aquí sus vidas, con la ayuda del Estado, que compensaría así la pérdida de sus tierras y sus casas, sepultadas bajo el embalse de Entrepeñas.

Aquí, en el nuevo pueblo de Paredes, no encontraron nada y nada se les dió. Pero, por fin, vino el hombre de la Administración a ver qué pasaba y se conmovió: "Volveré dentro de seis meses —dijo— para inaugurar los nuevos regadíos".

No volvió Ballarín a los seis meses ni al año ni es fácil que vuelva nunca por las tierras de Paredes, en las que cada día hay menos gente, menos ilusión, menos ganas de vivir. Ahí mismo, junto a la carretera, hay un pueblo abandonado a su suerte. Por eso nos hemos acercado a verlo, a compartir con sus habitantes la tristeza que les acompaña.

Hay veces en que la casualidad se viste de espejismo y te lleva a concebir una realidad bien distinta de la que luego podemos obtener si nos preocupamos por conocer el pueblo.

Así comenzó mi visita a un pueblo joven, acaso el de menos edad de cuantos conforman nuestra provincia: Paredes de Melo. Breves instantes de la llegada, un viajero preguntaba a los vecinos con quienes había comenzado a informarse de la vida local, si era posible comprar un casita en Paredes. Ante la respuesta negativa, el viajero, aparentemente interesado, insistía: "No crean que pretendo encontrármela hecha, solo pretendo saber si es posible adquirir unos terrenos para construirla". Y como los vecinos dijeran que así todo sería más fácil, hube de pensar que Paredes, la localidad surgida como consecuencia de la construcción del Pantano de Entrepeñas, era protagonista del fenómeno contrario al que padecen los restantes municipios conquenses. Pero no, valía con dos o tres preguntas más concretas para saber que Paredes, de ser la excepción, no lo era precisamente por su vitalidad, y que su única diferencia podría consistir en que mientras esos otros pueblos se mueren de viejos, este se muere a chorros sin haber conocido siquiera una mínima época de la precaria alegría de nues-

tro campo. Paredes se muere y se muere a chorros porque sobre esas gentes sencillas que dejaron sus tierras de siempre para un pantano con no sabemos qué fines y no sabemos que posibles beneficios y beneficiarios, están llegando los mismos rigores, los mismos desprecios, que sobre cualquier otro agricultor de por acá. Vamos a tratar de hacerles conocer algo de la historia.

En mil novecientos cincuenta y uno —se cumplen pues ahora las amargas bodas de plata de su origen— todos los vecinos de Santa María de Pollos (Guadalajara) se ven con sus tierras y casas expropiadas, para que el "régimen de los pantanos" cumpliera un nuevo hito en su proceso. Hay varias ofertas de tierras donde podrían estos nuevos israelíes encontrar su tierra de promisión. Una de ellas cercana a la vega regada por el Riánsares, a unos sesenta y cinco kilómetros de la capital, parece interesar. Su proximidad al estrecho de Paredes significaría el nombre del recién nacido núcleo provincial. Acaso el único caso de emigración a estas tierras. Cada colono obtendrá 22 hectáreas de terrenos de secano y una casa nueva donde descansar. Durante cinco años han de vivir en barracones y poco a poco, aunque apiñados, van habitando las primeras casas que les construye el



TIERRAS DE SECANO

Instituto Nacional de Colonización —hoy IRYDA—.

Al cabo del tiempo comprenden que en secano 22 hectáreas —once en barbecho y once en cultivo— no son siquiera suficientes para el sustento. Se agrupan para adquirir una maquinaria que les haga algo más rentable su trabajo y conciben la idea de solicitar el regadío. Varias prospecciones llevadas a cabo dejan bien claro que no hay posibilidad de contentarlos. El pueblo acepta el reto y comprende que la tierra de promisión no es tal. Pero el Riánsares pone nuevamente en brete el aguante de esta gente inundando la vega. Las tierras más productivas, las que dan el diez por uno, frente al ficticio seis por uno del resto han sido anegadas durante varios años por un río cuyo cauce sucio "no puede ser saneado porque no es rentable la inversión" según palabras de la Administración, como toda justificación, ante los vecinos. Así, se teme que a punto de la siega, cualquier año, el trigo o la cebada, —o ahora el girasol que esquilma las tierras con rapidez— se pierdan y habrá que aceptar los hechos.

El IRYDA intentó adquirir nuevas tierras que hicieran más rentable el esfuerzo y el desprendimiento de los nuevos hombres de Paredes, pero las ciento cincuenta mil pesetas por hectárea eran prohibitivas y un nuevo "no" era todo cuanto se podía conseguir en la lucha por la subsistencia.

De los cincuenta vecinos que inicialmente formaron Paredes de Melo, quedan solo veintidós. En la plaza del pueblo hay una fuente pública, pe-

JOSE LUIS PINOS